



Un día, Jacinta dio la comida a unos niños pobres de Moita.

formaban parte de su día a día: dar la comida a los pobrecitos que encontraban por el camino, soportar el tormento de la sed en lo más duro del verano, aceptar las contrariedades de la vida...

Un día, después de haber dado la comida a unos niñitos pobres de Moita, por la tarde, Jacinta se quejó de que tenía hambre. Solícito, Francisco subió a una encina para coger algunas bellotas con que engañar el estómago.

- Francisco, ¡bellota de encina... no! Es mejor comer de la de los robles que amarga más. Así podemos convertir a los pecadores.

Pero, más que el hambre, los afligía muchas veces la sed. Un día, después de haber hecho el sacrificio de no beber nada durante una mañana entera, al llegar al mediodía se sintieron sin fuerzas para resistir más. Y allí vino la sugestión:

- ¡Lucia, vete aquella casa a pedir un cántaro de agua!

Cuando ella llegó, se acercó al primo y dijo:

- ¡Francisco, bebe!
- No quiero beber.
- ¿Por qué?
- Quiero sufrir por la conversión de los pecadores.
- ¡Bebe tú, Jacinta!
- También quiero continuar ofreciendo este sacrificio por los pecadores.
- ¿Entonces qué vamos a hacer de esta agua?
- Mira: déjala allí, en la concavidad de aquella piedra, para que las ovejas beban.

Al poco tiempo, Jacinta debilitada por la sed y por el

hambre, recomendaba con inocente simplicidad:

- ¡Lucia, di a las cigarras, a los grillos y a las ranas que se callen! ¡Me duele tanto la cabeza!
- ¿Entonces tú no quieres ofrecer este sacrificio por los pecadores? - preguntó Francisco.
- ¡Sí quiero! Déjales cantar...

En otra ocasión estaban los tres jugando junto al pozo. Allí cerca, en la viña, andaba la madre de Jacinta, la tía Olimpia, que, con solicitud maternal, vino hasta junto ellos trayendo algunos apetitosos racimos de uvas:

- ¡Comed! Son muy buenos...
- ¿Y si no los comiésemos y ofreciéramos este sacrificio por los pecadores? - sugirió Jacinta cuando la madre se retiró.
- Dices bien. Vete a ofrecerlos a los otros niños que juegan en la calle.

Al momento, ella regresaba inmensamente feliz.

- ¿Sabéis a quién encontré?
- ¡No!
- A nuestros pobrecitos. Les di los racimos de uvas. Van a regalarse con ellos...

Escena idéntica pasó otra vez con los higos. La tía Olimpia había traído del campo a casa una cesta de higos deliciosos. Sólo mirar para ellos se hacía la boca agua. Llamó a los tres y les dijo:

- Comed algunos higos que están muy apetitosos. Jacinta iba a coger el primero cuando se acordó:
 - ¡Hoy todavía no hicimos ningún sacrificio por los pecadores! Hemos de hacer éste.
- Y, generosamente, colocó el apetecido higo en la

cesta.

Otro día pasaban los tres frente a la casa de la madrina de bautismo de Lucia. La buena señora, al verlos, llamó:

— ¡Venid aquí! ¡Tengo una cosa buena para daros!

Nada más entrar, ella ofreció un vaso de aguamiel, que acababa de hacer, a Francisco. Este cogió el vaso, y, sin beber, lo pasó a Jacinta desapareciendo enseguida, sin nadie dar con él.

— ¿Lucia, dónde está Francisco?

— ¡No sé, madrina! ¡Ahora mismo estaba aquí!

En vano aquella señora lo llamó varias veces. Cuando, después de algún tiempo, las dos lo fueron a encontrar junto al pozo, Lucia le advirtió así:

— Francisco, tú no bebiste el aguamiel... ¡La madrina te llamó tantas veces y tú no apareciste!

— Cuando cogí el vaso, me acordé de repente de hacer aquel sacrificio para consolar a Nuestro Señor, y, mientras vosotras bebíais, huí hacia aquí.

Una cosa que nos impresiona en la vida de los tres pastorcitos es su espíritu reflexivo. Las palabras de la Señora se grabaron de tal modo en su corazón que, a cada instante, constituían objeto de meditación.

Poco después de la primera aparición, un día, Jacinta cuando llegó al lugar del pasto se sentó pensativa en una piedra. Lucia la invitó:

— ¡Jacinta! Ven a jugar.

— Hoy no quiero jugar.

— ¿Por qué no quieres jugar?

— Porque estoy pensando. Aquella Señora nos dijo que rezáramos el rosario e hiciésemos sacrificios



- ¡Jacinta, ven a jugar!
- Hoy no quiero jugar.

por la conversión de los pecadores. Ahora, cuando rezamos el rosario hemos de rezar el Ave María y el Padrenuestro enteros.

— ¿Y, los sacrificios, cómo los hemos de hacer?

A esta pregunta respondió Francisco:

— Damos nuestra comida a las ovejas y quedamos sin merendar...

— Oye, Lucia, aquella Señora dijo que iban muchas almas para el Infierno. ¿Qué es el Infierno?

Lucia acordándose de las descripciones que la madre le había hecho explicó:

— Es cueva de bichos y hoguera muy grande. Quien comete pecados y no los confiesa va para allá y queda allí siempre ardiendo.

— ¿Pero, al menos después de muchos, muchos años, no salen de allí?

— ¡No! El Infierno nunca acaba.

— ¿Quién va para el Cielo nunca sale más de allí?

— ¡No! El Cielo nunca jamás se acaba porque también es eterno. Dura para siempre.

— Oye, Lucia, ¿Y aquella gente siempre ardiendo así nunca se hace ceniza?

¡Pobrecitos! ¡Hemos de rezar y hacer muchos sacrificios por ellos!

— ¡Si! ¡Hemos de rezar y hacer muchos sacrificios por los pecadores!

— ¡Oh Lucia, que buena es aquella Señora! Ya nos prometió llevarnos al Cielo.

Una vez, Lucia entró en casa de Jacinta y fue a dar con ella sentada en la cama, muy triste.

- ¿Jacinta, en qué estás pensando?
- En la guerra que ha de venir... ¡Ha de morir tanta gente! ¡Y va casi toda para el Infierno! Han de ser arrasadas muchas casas y muertos muchos sacerdotes.

¡Mira! Yo voy para el Cielo. Tú, cuando vieras, de noche, esa luz que la Señora dijo que vendría antes de la guerra, ¡huye para allí también!

- ¿Pero tú no ves que yo no puedo ir para el Cielo?
- ¡Es verdad! ¡No puedes pero no tengas miedo! Yo, en el Cielo, he de pedir mucho por ti, por el Santo Padre, por Portugal, para que la guerra no venga para aquí, y por todos los sacerdotes.

Impresionados por el relato de los horrores de la Gran Guerra, los tres pastorcitos meditaban muchas veces en esa calamidad todavía más terrible que la Señora había anunciado que vendría, si los hombres no se convirtiesen. Lucia, cuando veía a Jacinta triste y pensativa, preguntaba:

- ¡Jacinta! ¿En qué piensas?
- En esa guerra que ha de venir. En tanta gente que ha de morir e ir para el Infierno.

El más reflexivo de los tres era Francisco. Pocos días después de la primera aparición, subió para un gran peñasco y recomendó:

- ¡Vosotras no vengáis para aquí! Déjadme estar solo.
- ¡Está bien!

A la hora de la comida le llamaron:

- ¡Francisco! ¿No quieres venir a comer?

- ¡No! Comed vosotras.
 - ¿Y a rezar el rosario?
 - A rezar, después, voy. Volvedme a llamar.
- Acabada la comida, las dos recordaron:
- ¡Francisco, ven a rezar el rosario con nosotras!
 - Venid vosotras a rezarlo aquí a mi lado.
 - ¿Pero qué estas haciendo ahí, hace tanto tiempo?
 - Lucia, ¡estoy pensando en Dios que está triste por causa de tantos pecados! ¡Si yo fuese capaz de darle alegría!

Con bastante frecuencia, se escondía detrás de una piedra, de un árbol, de un zarzal y allí quedaba olvidado del tiempo, de rodillas, pensando “en Nuestro Señor, triste por causa de los pecados”.

Algunas veces, Lucia le preguntaba:

- Francisco, ¿por qué no me llamas para rezar contigo y con Jacinta?
- Me gusta más rezar solo para pensar y consolar a Nuestro Señor, que está tan triste.

SOY LA SEÑORA DEL ROSARIO

Después del 13 de septiembre, los pastorcitos ansiaban la aparición de octubre. Particularmente Francisco preguntaba con cierta frecuencia:

- ¿Lucia, todavía falta mucho para el día 13?
 - ¿Por qué me haces esa pregunta?
 - Porque la Señora dijo que también vendrá Nuestro Señor. ¡Ay qué bien! Sólo le vimos dos veces y ¡yo gusto tanto de Él!
- ¡Pero mira! ¿Todavía Él continuará muy triste? Tengo tanta pena que esté así tan triste. Yo le ofrezco todos los sacrificios que puedo conseguir. Algunas veces ya no huyo de esa gente, para hacer sacrificios.

Ya dijimos que una de las cosas que más costaba a los tres niños era verse buscados por curiosos que los atormentaban con preguntas tontas. Cuantas veces ellos esquivaban esas incómodas entrevistas utilizando insospechadas estratagemas.

Un día, después ya de la última aparición y durante la enfermedad de Francisco, mientras Lucia y Jacinta le hacían un poco de compañía, la hermana de éste, Teresa,



Llegaron a estar apoyados en la cuba pero no dieron con la presencia de las pequeñas.

vino con un recado:

- Mirad: viene por allá por la carretera una multitud de gente que, por las trazas, viene a buscaros.
- ¡Bien! Vosotros atendedlos aquí. ¡Yo voy a esconderme! - dijo Lucia mientras se escapaba.

Jacinta corrió detrás de ella y fueron ambas a esconderse dentro de una cuba que estaba en el patio.

Algunos de esos visitantes llegaron a estar apoyados en la cuba pero no dieron con la presencia de las dos pequeñas.

Cuando, desanimados, se retiraron, ellas salieron del escondrijo y fueron a estar con Francisco que explicó:

- Era mucha gente. Querían que yo les dijese donde estabais vosotras pero tampoco lo sabía. Querían vernos y pedirnos muchas cosas. Estaba también una mujer de Alqueidão que quería la curación de un enfermo y la conversión de un pecador. Por esa mujer pido yo. Vosotras pedid por los otros que son muchos.

A medida que se aproximaba el día 13 de octubre aumentaba la alegría de los pastorcitos y la aflicción de los familiares. Es que, se decía, si no se verificase el anunciado milagro, los tres niños serían maltratados. Cuando les hablaban del caso, respondían:

- ¡La Señora no nos engaña! No tenemos miedo. Ella va hacer un milagro para que toda la gente crea. Pero, si no lo hiciera y nos matasen, vamos con Ella para el Cielo.

Impresiona esta valentía de los videntes manifestada tantas veces. Cierta día vinieron a interrogarles tres caballe-

ros de rostro sombrío. Como no consiguieron lo que deseaban se despidieron con una amenaza:

- Ved si os decidís a decir ese secreto ¡En caso contrario, el señor Administrador está resuelto a acabar con vuestras vidas!
- ¡Qué bien! - musitaba Jacinta con el rostro inundado de alegría. Yo gusto tanto de Nuestro Señor y de Nuestra Señora y así vamos a verlos en breve.

Temiendo las amenazas del Administrador, que corrían de boca en boca, una tía de Lucia que vivía en los Casais, vino un día a proponer el alejamiento de los videntes del concejo de Vila Nova de Ourém. Y explicaba:

- Yo vivo en otro concejo y, por eso, este Administrador no os puede buscar allí.

Los padres de los videntes se mostraban indecisos ante la propuesta. Ellos, sin embargo, lo rehusaron terminantemente:

- ¡Si nos mataran es lo mismo! ¡Vamos para el Cielo!

Amaneció lluvioso el día 13 de octubre. Los pastorcitos salieron de casa muy temprano contando ya con las acostumbradas demoras por el camino. Los padres de Lucia, temerosos por lo que le podía acontecer (corría el rumor de que las autoridades habían decidido hacer explotar una bomba en el momento de la aparición), quisieron acompañarla. Decían ellos:

- Si nuestra hija muere, nosotros queremos morir a su lado.

Pero los tres pequeños no se dejaban intimidar con estas amenazas. Cuando hablaban de ellas, decían siempre:

- Que bueno, si nos fuese concedida la gracia de

subir de allí, con Nuestra Señora para el Cielo.

A su paso, en aquel día, las personas se arrodillaban en el barro del camino pidiendo la curación de enfermos y recordando las más variadas intenciones.

Ya en el lugar de las apariciones, Lucia recomendó:

— Cierren los paraguas. ¡Vamos a rezar el rosario!

Poco después se vio el acostumbrado resplandor de luz y, enseguida, Nuestra Señora apareció sobre la carrasca.

Como de costumbre, Lucia inició el diálogo:

— ¿Qué quiere Usted de mí?

— Quiero que hagan aquí una capilla en mi honor.

Soy la Señora del Rosario. Continúad siempre rezando el rosario todos los días. La guerra va a acabar y los militares volverán en breve para sus casas.

— Quiero pedirle muchas cosas: la cura de enfermos, la conversión de algunos pecadores.

— Atenderé algunas de esas peticiones; otras no, es preciso que los hombres se enmienden, que pidan perdón de sus pecados.

Después, tomando un aspecto más triste, recomendó:

— No ofended más a Nuestro Señor que ya está muy ofendido.

En este momento abrió las manos e hizo reflejarlas en el sol. Después, mientras se elevaba suavemente, el reflejo de la propia luz continuaba proyectándose en el sol.

Lucia gritó:

— ¡Mirad para el sol!

Aquella inmensa multitud (se calcula que en ese día



¡Ay Jesús, qué morimos todos aquí!

estarían en la Cova de Iria unas 70.000 personas) pudo mirar tranquilamente para el sol que, de repente, comenzó a girar en el Cielo. Por fin, paró para al momento, girar otra vez pareciendo, a determinada altura, que se iba a desprender para caer sobre toda aquella gente. Atronaron los aires confusos gritos de terror:

- ¡Ay Jesús, que morimos todos aquí!
- ¡Nuestra Señora, ayúdanos!
- ¡Dios mío, ten compasión de nosotros!
- ¡De aquí en adelante prometo confesarme e ir a misa!

Todas las personas presentes en la Cova de Iria vieron este patente milagro que Nuestra Señora había prometido claramente en el día 13 de julio. Muchos se convirtieron.

Los pastorcitos, tenían, en esta aparición, visiones maravillosas. Vieron al lado del sol, a San José con el Niño y a Nuestra Señora, vestida de blanco con un manto azul. San José con el Niño, al decir de Lucia, parecía bendecir el mundo haciendo gestos en forma de cruz. Después también vieron a Nuestra Señora de los Dolores y del Carmen.

Cuando abandonaron la Cova de Iria aquellos millares de personas marchaban convencidas de la veracidad de las apariciones. Y comentaban con entusiasmo todo lo que les había sido dado observar.

La noticia del gran milagro recorrió de prisa Portugal de un lado a otro llevada por los medios de comunicación social. Pero, mientras algunos la acogían con simpatía, otros se servían de ella para aumentar su odio a la Iglesia.

Con la aparición de octubre termina la historia de las apariciones en la Cova de Iria.

Mientras los pastorcitos comenzaron un nuevo capítulo de sufrimiento y de generosidad que culminaría en la enfermedad de Francisco y de Jacinta. Lucía, a su vez, fue duramente probada con una grave enfermedad de la madre, con la muerte del padre y la enfermedad de los primos.

De hecho, pasado no mucho tiempo, su madre enfermó tan gravemente que sus hijos rodearon el lecho para oír sus últimos consejos y recibir la última bendición. Al ver a Lucía cerca de sí, se fijó en ella con mucho amor la abrazó y dijo:

— ¡Pobre hija mía! ¡Qué será de ti sin madre! Muero contigo atravesada en el corazón.

Ante aquella escena conmovedora, la hermana mayor la arrancó de los brazos maternos y, ya en la cocina, le dijo:

— La madre muere amargada por los disgustos que le diste.

Lucía se arrodilló a rezar y a llorar. En esta posición la encontraron, poco después, dos hermanas que le sugirieron:

— Lucía, si es cierto que viste a Nuestra Señora vete ahora a la Cova de Iria a pedirle que cure a nuestra madre. Prométele lo que quisieras que nosotros lo haremos.

Ella partió inmediatamente, llorando, rezando el rosario y desahogando su amargura con Nuestra Señora a quién prometió ir a la Cova de Iria nueve días seguidos, acompañada de las hermanas, rezando el rosario y haciendo de rodillas el camino desde lo alto de la carretera hasta el pie de la carrasca. En el último día llevaría nueve niños pobres a quien, al final, daría de cenar.

Al llegar a casa, notó, con alegría, que la madre estaba mejor. Tres días después, la señora María Rosa se sentía completamente curada.

Cuando Lucia fue con las hermanas y la madre a cumplir la promesa ésta decía:

— ¡Qué cosa! ¡Nuestra Señora me curó y yo parece que todavía no creo! No sé como ha sido esto.

Particularmente dolorosa para Lucia fue la muerte casi repentina del padre, víctima de neumonía doble. Encerrada en la habitación, se desahogaba:

— ¡Dios mío! ¡Nunca pensé que me hubieses guardado tanto sufrimiento! ¡Pero sufro por tu amor, en reparación por los pecados cometidos contra el Inmaculado Corazón de María, por el Santo Padre y por la conversión de los pecadores!

ASÍ ERA FRANCISCO

Procurando siempre huir de las visitas inoportunas, los tres pastorcitos continuaron yendo a la Cova de Iria, a rezar en común y hacer juntos el camino de la escuela que, en ese tiempo, no era obligatoria. Por eso, Francisco, a quien Nuestra Señora había prometido llevar enseguida para el Cielo, se quedaba muchas veces en la iglesia y explicaba así su actitud a la prima:

- Mira, Lucia, tú vete a la escuela. Yo quedo aquí en la iglesia junto a Jesús escondido. A mí no me vale la pena aprender a leer porque, de aquí a poco, voy para el Cielo. Cuando vuelvas, ven por aquí a llamarme.

Cuando, al regreso, Lucia entraba en la iglesia, lo encontraba estático, con los ojos fijos en el Sagrario. Francisco tenía realmente un alma de asceta y de místico manifestando una particular y profunda devoción a la Eucaristía. Algunas veces, cuando andaba pastoreando el rebaño más cerca de la iglesia, decía a la prima y a la hermana:

- Vosotras cuidad ahora de las ovejas mientras yo voy a hacer un poquito de compañía a Jesús escondido.

- ¡Pues sí, Francisco! Vete y reza por los pecadores. ¿No tienes pena de ellos?
- Sí, tengo... Pero tengo mucho más pena de Nuestro Señor...

Un día, camino de la escuela, Lucia contó a los primos que su hermana Teresa había venido a casa a recomendarle que pidiese a Nuestra Señora la gracia de probar la inocencia del hijo de una señora de un lugar próximo que era acusado de un crimen... Si no apareciesen pruebas el pobre muchacho sería condenado al destierro o a largos años de prisión. Francisco escuchó con evidente tristeza la narración de la prima. Al llegar junto a la iglesia, dijo:

- Mientras vosotros vais a la escuela, yo quedo aquí pidiendo a Jesús escondido esa gracia.

Al regreso Lucia fue a llamarle y preguntó:

- ¿Entonces, pediste a Jesús por aquel muchacho?
- Dile a Teresa que, de aquí a algunos días, el viene para casa.

Y realmente así aconteció. En el día 13 siguiente la pobre mujer estaba en la Cova de Iria con toda la familia a agradecer a Nuestra Señora tan gran favor.

Otra vez, cuando Lucia le fue a llamar para la escuela, él salió de casa tambaleándose. Ella preguntó:

- ¿Qué tienes, Francisco?
- Me duele mucho la cabeza. Parece que voy a caer.
- Entonces no vengas. ¡Queda en casa!
- ¡No quedo! Antes quiero quedar en la iglesia con Jesús escondido mientras tú vas a la escuela.

Otra vez, cuando la enfermedad comenzaba ya a manifestarse, Lucia fue con él y con Jacinta a visitar la Loca



Yo quedo aquí, en la iglesia, junto a Jesús escondido.

del Cabezo y los Valiños. Cuando llegaron a casa, la encontraron llena de gente y una mujercita junto a una mesa haciendo que bendecía objetos. Al ver a Francisco, le pidió:

- ¡Niño, ayúdame a bendecir estas cosas!
- Yo no puedo bendecir nada y usted tampoco. Sólo los señores sacerdotes pueden bendecir.

La seriedad y la convicción con que Francisco pronunció estas palabras hizo que toda aquella buena gente abriese los ojos y viesen el engaño en que iban a caer. Y si la mujercita que bendecía no se hubiese retirado inmediatamente la ira de los presentes no habría quedado sólo en las amenazas que le dirigían.

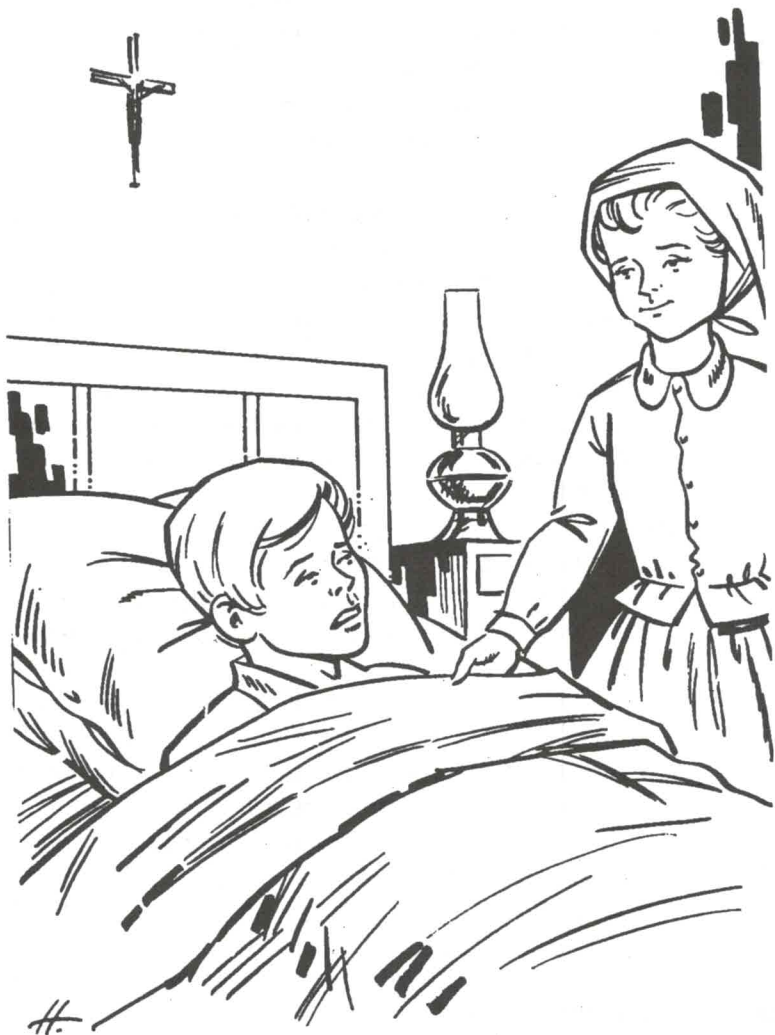
Obligado a guardar cama, víctima de la neumonía, el continuaba mostrando aquella buena disposición que le hacía querido de toda la gente. Nunca se quejaba y nadie fue capaz de saber lo que le repugnaba porque tomaba todo sin manifestar si le gustaba o no. Las personas venían, se sentaban al borde de la cama, miraban para él y, aunque no le oyese muchas palabras, al salir, manifestaban:

- No sabemos lo que tiene Francisco. La gente se siente bien al pie de él.

Algunas vecinas decían, cierto día, a las madres de Lucia, de Francisco y de Jacinta:

- ¡Es un misterio qué la gente no entiende! Son niños como los otros, no nos dicen nada y junto a ellos sentimos un no sé que los diferencia de los demás. Parece que se siente, al entrar en el cuarto de Francisco, lo que sentimos cuando entramos en la iglesia.

Por eso, no faltaba quien les pidiese gracias. A Fran-



Sufro para consolar a Nuestro Señor.

cisco, ya en la cama, vino la señora Mariana de Era Vieja a pedir la gracia de la reconciliación del hijo con el padre. Él vio la aflicción de la pobre señora y respondió así:

- Quede tranquila. Yo voy en breve para el Cielo. Cuando llegue allá, pediré esa gracia a Nuestra Señora.

Y lo cierto es que en el día en que Francisco murió la paz se restableció en aquel hogar.

Pero era principalmente la visita de Lucia lo que Francisco más deseaba. A ella abría enteramente el corazón. Viendo que ya no podía ir a la iglesia, le decía:

- Mira, vete a la iglesia y da muchos saludos míos a Jesús escondido. De lo que tengo más pena es de no poder ya ir, a estar un rato con Jesús escondido.

Algunas veces, ella le preguntaba:

- ¿Sufres mucho, Francisco?
- Bastante. Pero no me importa. Sufro para consolar a Nuestro Señor. De aquí a poco voy para el Cielo.
- Cuando llegues allá no te olvides de pedir a Nuestra Señora que me lleve para allí también pronto.
- No. Eso no lo pido. Tú bien sabes que Nuestra Señora todavía no te quiere allí.

Un día, estando sólo con Lucia, le entregó discretamente la cuerda con estas palabras:

- Toma. Llévala antes de que mi madre la vea. Ahora ya no soy capaz de tenerla en la cintura.

Puede imaginarse el sufrimiento del pequeño pastor por esta confidencia que hizo un día a la madre:

- ¡Oh madre! No tengo fuerzas para rezar el rosario... ¡Y las Ave Marías que rezo es con la cabeza tan distraída!
- Hijo mío, si no puedes rezar con los labios, reza el rosario con el corazón. Nuestra Señora lo oye lo mismo, y queda satisfecha igual.

Pocos días antes de morir decía a Lucia:

- Oye, yo estoy muy mal. Ya me falta poco para ir al Cielo.
- ¡Entonces ve ya! No te olvides de pedir mucho por los pecadores, por el Santo Padre, por mí y por Jacinta.
- Sí, yo pido. Pero mira: esas cosas pídeselas antes a Jacinta que yo tengo miedo de olvidarme, cuando vea a Nuestro Señor. Y, además, antes quiero consolarle.

Un día, de madrugada, pidió insistentemente que fueran a llamar a Lucia. Fue encargada de este recado la hermana Teresa que, al llegar a casa de la prima, dijo:

- ¡Ven deprisa! Francisco está muy mal y quiere decirte una cosa.

Cuando Lucia entró en la habitación él pidió a la madre y a los hermanos:

- ¡Salid a fuera qué yo quiero decir un secreto a Lucia!

A solas con la prima le manifestó:

- Oye: yo me voy a confesar para comulgar y morir después. Quería que me dijese si me viste hacer algún pecado...
- Desobedeciste algunas veces a tu madre cuan-

do ella te decía que quedases en casa y tú te escapabas junto a mí para irte a esconder.

— Es verdad, tengo ése.

Ahora vete a preguntar a Jacinta si ella se acuerda de alguno más.

Lucia corrió hasta la cama de Jacinta que quedó algún tiempo pensativa y después respondió:

— ¡Mira! Dile que, antes de que se nos apareciese Nuestra Señora, robó una moneda al padre para comprar el realejo a José Marto de la Casa Vieja. ¡Y cuando los muchachos de Aljustrel tiraron piedras a los de Boleiros, él también tiró algunas!

Cuando la prima le llevó este recado, él explicó:

— Esos ya los confesé pero vuelvo a confesarlos. ¡Si acaso, es por causa de estos pecados que yo hice, por lo que Nuestro Señor está tan triste! Pero yo, aunque no muriese, nunca más los volvería a hacer.

Y, en un gesto que manifestaba profundo arrepentimiento, puso las manos y rezó:

— Oh mi Jesús, perdonadnos, libradnos del fuego del Infierno, llevad las almas todas para el Cielo, principalmente las que más lo necesiten.

Mira, Lucia, pide también a Nuestro Señor que perdone mis pecados.

— Pido sí, queda tranquilo.

Ahora, yo voy a misa, y, allí, pido a Jesús escondido por ti.

— Pídele para que el Señor Prior me venga a dar la Sagrada Comunión.

— Pido sí.

Cuando volvió de la iglesia, Lucia pasó por casa de los primos y encontró a Jacinta sentada en la cama de Francisco. Éste, a penas la vio, preguntó:

— ¿Pediste a Jesús escondido para que el Señor Prior me dé la Sagrada Comunión?

— Pedí.

— Gracias, Lucia, en el Cielo voy a pedir por ti.

Cuando, a la noche, volvió a visitarlo, él exclamó:

— Oh Lucia, estoy muy contento. El Señor Prior vino aquí a confesarme y mañana viene a traerme la Sagrada Comunión.

De hecho, en la mañana del día siguiente, el párroco le trajo la Eucaristía. Al verlo entrar, los ojos se le iluminaron de alegría. Hizo un esfuerzo para sentarse en la cama pero la madre le dijo bajito:

— Déjate quedar echado.

Así, con un fulgor angélico de inocencia brillándole en el rostro, recibió con inmensa devoción la Sagrada Eucaristía y permaneció largo tiempo en oración silenciosa y contemplación de que tanto gustaba. Después, suspirando ya por la nueva visita de Jesús, preguntó:

— ¿Oh Señor Prior todavía me traerá alguna vez a Jesús escondido?

Y, volviéndose hacia Jacinta:

— Hoy soy más feliz que tú porque tengo en mi pecho a Jesús escondido.

Viendo que la vida del inocente pastorcito se iba apagando lentamente, Lucia pasó casi todo el día al lado de él con Jacinta. Y, de vez en cuando, allá venían sus confi-

dencias pronunciadas ya con mucha dificultad:

- Yo voy para el Cielo. Allí voy a pedir mucho a Nuestro Señor y a Nuestra Señora que os lleven también para allá pronto.

Lucia, seguro que en el Cielo voy a tener mucha añoranza de ti...

- ¡No tendrás, no! ¡Cómo puedes tener añoranzas mías cerca de Nuestro Señor y de Nuestra Señora que son tan buenos!

- ¡Es verdad! Quizás, no me voy a acordar.

Ya sin fuerzas para rezar, recomendó:

- Rezad vosotras el rosario por mí.

Y, mientras las dos rezaban él las acompañaba con el pensamiento.

A la noche, antes de regresar a casa, Lucia se despidió de él:

- ¡Francisco, adiós! Si fueses para el Cielo esta noche no te olvides allí de mí, ¿oíste?

- ¡No me olvido, no! Queda tranquila.

Después le apretó la mano derecha con fuerza mientras vivas lágrimas de nostalgia le surcaban el rostro sofocado. Lucia, que también lloraba, le preguntó entre sollozos:

- ¿Quieres alguna cosa más?

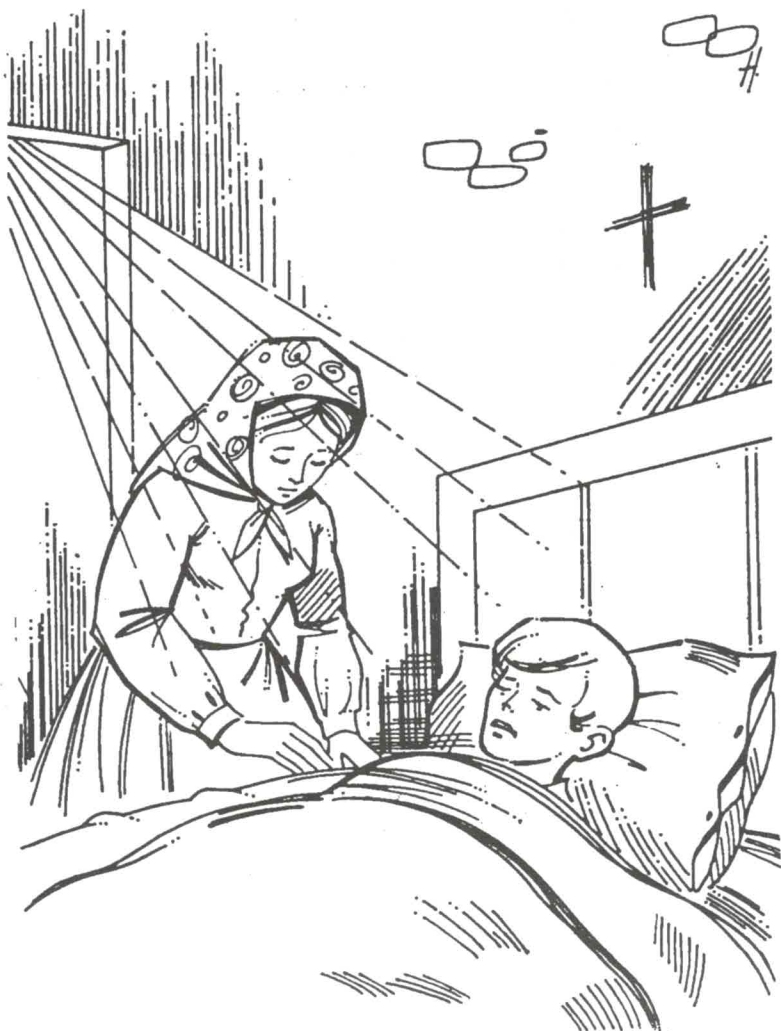
- ¡No!

- ¡Entonces adiós, Francisco! Hasta el Cielo.

- ¡Adiós hasta el Cielo!

Momento a momento, Francisco empeoraba. La respiración se tornaba cada vez más dificultosa. Articulaba con esfuerzo cualquier palabra.

En la mañana del día 4 de abril de 1919, un viernes,



¡Que luz tan bonita, allí, junto a la puerta!

algunas personas rodeaban en oración su lecho. En cierto momento, él dijo a la madre con los ojos inundados de un brillo sobrenatural:

— ¡Oye, madre, que luz tan bonita allí, junto a la puerta!

Y se quedo como en éxtasis contemplando esa luz. Después de algunos momentos, el brillo de sus ojos se fue apagando y exclamó:

— ¡Ahora ya no la veo!

Y, serenamente, plácidamente, como quien se adormece al final de un día de trabajo agotador, expiró. Contaba sólo 11 años. Había nacido el día 11 de junio de 1908.

Su funeral fue sencillo pero rodeado de mucho cariño porque Francisco era un niño encantador.

ENFERMEDAD DE JACINTA

Si mucho sintieron su falta la sintió particularmente Jacinta. Un día, Lucia la encontró sentada, cabizbaja. Aquella actitud no era sólo provocada por la enfermedad que la minaba. Reflejaba alguna cosa más. Por eso, le preguntó:

- ¿En qué piensas, Jacinta?
- En Francisco... Quien me diera volver a verlo. Tengo tanta añoranza de él...

Y mientras las lágrimas le corrían por la cara redonda y trigueña, Lucia la consolaba:

- A ti ya te falta poco para ir al Cielo. Allí volverás a ver a Francisco.

Jacinta había enfermado al mismo tiempo que el hermano pero recuperó un poco, lo que le permitía hacerle compañía durante la enfermedad. Lucia les visitaba muchas veces. Siguiendo el ejemplo de Francisco, también Jacinta sabiendo que Lucia iba camino de la escuela mandaba recuerdos para Jesús:

- Cuando pases por la iglesia dile a Jesús escondido que gusto mucho de Él y que le amo mucho.

Algunas veces, notando que la prima se entretenía bastante con ella, le sugería con extrema delicadeza:

- Ahora vete a ver a Francisco. Yo hago el sacrificio de quedar sola.

A Lucia le comentaba también los sacrificios que hacía: le costaba tomar los caldos y la leche pero lo hacía por amor a Nuestro Señor y al Inmaculado Corazón de María; sentía muchos dolores en el pecho pero no decía nada a nadie y sufría por la conversión de los pecadores; sentía deseos de ir a visitar a Francisco pero no iba...

Un día mandó llamar a Lucia. Tenía una cosa importante que comunicarle:

- Nuestra Señora vino a verme y dijo que yo iba para un hospital. Yo le pregunté si tú ibas conmigo y Ella dijo que no, que iba sólo mi madre a llevarme allá y que, después, quedaba sola.

Me cuesta tanto quedar sola. Quizás, el hospital es una casa muy oscura y yo estaré allí sufriendo sola. Pero no me importa: sufro por amor de Nuestro Señor, para reparar al Inmaculado Corazón de María, por la conversión de los pecadores y por el Santo Padre.

De hecho, al principio de julio de 1919, Jacinta fue internada en el hospital de Vila Nova de Ourém. Al final de una de las primeras visitas, la madre le preguntó:

- ¿Jacinta, quieres alguna cosa?
- ¡Sí! Quiero ver a Lucia.

Y la señora Olimpia, para agradecerle, llevó allí dos veces a Lucia. Que alegría la suya por volver a verla y, principalmente, por poder estar unos momentos con ella para contarle que sufría mucho pero que ofrecía todo por amor de Dios, del Inmaculado Corazón de María, por los pecado-

res y por el Santo Padre.

Perdidas todas las esperanzas de curación, Jacinta volvió nuevamente a casa. Tenía una gran herida en el pecho. Las curas eran dolorosas pero ella nunca se quejaba.

- ¿Sabes, Lucia, lo que me cuesta? Es la visita de las personas curiosas que me vienen a preguntar muchas cosas. Ahora no puedo esconderme. Ofrezco también este sacrificio por la conversión de los pecadores.

Un día, tal como había hecho Francisco, entregó a Lucia la cuerda que acostumbraba a traer en la cintura con esta recomendación:

- Guárdala muy bien porque tengo miedo que mi madre la vea. Si un día mejoro quiero volver a traerla. El pensamiento se le iba con frecuencia hacia los lugares de las apariciones:
- ¡Quién me diera ir al Cabezo a rezar todavía un rosario, en nuestra gruta! Pero ya no soy capaz. Cuando vayas a la Cova de Iria reza por mi. De seguro nunca más iré allí.

En un gesto de amistad y delicadeza, algunas veces, Lucia, al regresar del Cabezo, sabiendo cuanto le gustaba a ella las flores, le traía un ramo de lirios o de peonías:

- ¡Toma! Son del Cabezo.
- Flores del Cabezo... ¡Nunca más volveré allí! ¡Ni a los Valiños, ni a la Cova de Iria!

Y, con los ojos detenidos en éxtasis de añoranza, deshojaba aquellas flores y contaba los pétalos mientras lágrimas abundantes le deslizaban por el rostro angélico.

Lo que más asusta en la vida de estos niños es su



Algunas veces, al regresar del Cabezo, Lucia le traía un ramo de lirios o de peonías.

enorme capacidad de sufrimiento. El sí que dijeron cuando la Señora en la primera aparición les preguntó: “¿Queréis ofreceros a Dios para soportar todos los sufrimientos que El quisiera enviaros en acto de reparación por los pecados con que Él es ofendido y de súplica por la conversión de los pecadores?” Tuvo su punto más alto en una enfermedad larga y dolorosa.

Jacinta sentía repugnancia por la leche. Sabiendo esto, la madre le llevó, un día, con la taza de leche un apetitoso racimo de uvas. Y, manifestando aquella extraordinaria comprensión que sólo las madres saben tener, sugirió:

— Jacinta, si no puedes tomar la leche, déjala y come las uvas.

— ¡No, madre mía! Lleva las uvas. Yo tomo la leche. Después de la madre retirarse con la taza vacía y el ramo de uvas intacto, confesó a la prima:

— ¡Me apetecía tanto aquel hermoso racimo de uvas y me costó tanto tomar la leche! Pero quise ofrecer este sacrificio a Nuestro Señor.

En otra ocasión, se quejaba a Lucia de esta manera:

— Cuando estoy sola, desciendo de la cama para rezar las oraciones del ángel. Pero ahora ya no soy capaz de llegar con la cabeza al suelo porque caigo. Rezo sólo de rodillas.

El Párroco, a quien Lucia contó esta confidencia, le mandó decir que no quería que ella descendiese más de la cama, que rezase echada lo que pudiese. Cuando la prima le comunicó esto, ella preguntó inmediatamente:

— ¿Y Nuestro Señor quedará contento?

— Queda porque Él quiere que hagamos lo que el

señor Vicario manda.

- Entonces, está bien. Nunca más me vuelvo a levantar.

Era el sacrificio de la obediencia a unir a muchos otros de silencio y de comprensión por los sufrimientos de la madre:

- ¡No te aflijas, madre mía! Voy para el Cielo. Allí he de pedir mucho por ti.

Recelando tal vez que Lucia revelase lo mucho que ella sufría le recomendó:

- No quiero que digas a nadie que yo sufro. Ni a mi madre porque no quiero que ella se aflija.

Cierto día, dijo a Lucia con mucha tristeza:

- Nuestra Señora vino a verme. Me dijo que voy para Lisboa, a otro hospital.

Me dijo que no te volveré a ver ni a mis padres. Que después de sufrir mucho, muero sola. Pero que no tenga miedo que Ella va allí a buscarme para el Cielo.

Y, en un gesto espontáneo, se abrazó a Lucia, llorando, mientras decía:

- ¡Nunca más te vuelvo a ver! Tú no me vas allí a visitar. Nunca más te vuelvo a ver, ni a mis hermanos... voy a morir sola.
- ¡No pienses en eso, Jacinta!
- Déjame pensar. Cuanto más pienso, más sufro y yo quiero sufrir por Nuestro Señor.

Con cierta frecuencia besaba el crucifijo, que estrechaba contra el pecho, y rezaba:

- ¡Oh Jesús, ahora puedes convertir muchos pe-

cadores porque este sacrificio es muy grande!

Cuando los padres le hablaban de que andaban arreglando las cosas para llevarla a Lisboa ella se desahogaba:

- ¡No vale la pena! Nuestra Señora me dijo que voy a morir...
- Pero... puede ser que te cures...
- Si me curo de esta enfermedad, viene otra y yo muero...

Una cosa le entristecía por encima de todas: morir sin recibir la Sagrada Comunión. Por eso, se desahogaba con Lucia:

- ¿Iré a morir sin recibir a Jesús escondido? ¡Si Nuestra Señora me lo llevase cuando me viniese a buscar!

En cierta ocasión, Lucia le pregunto:

- ¿Jacinta, qué vas a hacer en el Cielo?
- Voy a amar mucho a Jesús, al Inmaculado Corazón de María, voy a pedir mucho por el Santo Padre, por mis padres y hermanos, y por todas esas personas que me han pedido rezar por ellas.

Pero, a cada instante, le venía el terrible pensamiento de morir sola. Una vez Lucia la encontró apretando una estampa de Nuestra Señora contra el Corazón mientras decía entre lágrimas:

- ¡Oh Madrecita mía del Cielo! ¡¿Entonces yo he de morir sola?!
- ¿Qué te importa morir sola si Nuestra Señora te viene a buscar?
- ¡Es verdad! Pero no sé como es: algunas veces no me acuerdo que Ella me viene a buscar. Sólo



Llevaron a Jacinta a la Cova de Iria.

me acuerdo de que muero sin que tú estés cerca de mí.

- Oh madre, yo quería ir a la Cova de Iria a despedirme...
- Esta bien hija mía. Como a pie ya no aguantas, yo pido la burrita a mi comadre y te llevo allá.

De hecho, la señora Olimpia acompañada por la comadre llevaron a Jacinta a la Cova de Iria. Al llegar a la Laguna de Carreira la pequeña descendió y comenzó a rezar el rosario sola mientras cogía algunas flores silvestres para colocar en la capillita. Allí rezó estática unos buenos momentos y, al final, reveló a la madre:

- Mira, Nuestra Señora cuando nos dejaba pasaba por encima de aquellos árboles y después entraba en el Cielo tan deprisa que hasta parecía que los pies quedaban entallados...

Con que emoción ella contempló por última vez aquellos lugares en los que tenía su corazón preso. Cada árbol, cada piedra, era un recuerdo y una evocación de Nuestra Señora.

El día 21 de enero de 1920, Jacinta dejaba Fátima. La despedida fue conmovedora. Nadie fue capaz de contener las lágrimas ante la actitud de la pequeñita que, entre sollozos, decía adiós a toda la gente.

- ¡No llores, Jacinta! Has de volver a Fátima completamente curada...
- ¡¿Volver a Fátima?! Sólo después de morir...

Particularmente dolorosa fue la despedida de Lucia. Se abrazó durante mucho tiempo a su cuello mientras decía entre sollozos:

- ¡Nunca más nos volveremos a ver! Reza mucho por mí hasta que yo vaya al Cielo. Después, allí, yo pido mucho por ti. No digas el Secreto a nadie, aunque te maten. Ama mucho a Jesús y al Inmaculado Corazón de María y haz sacrificios por los pecadores.

Lucia sentía partírsele el corazón de dolor ante estas recomendaciones de la primita en la hora del adiós. Por fin, subió a un carro tirado por mulas que le llevó a la estación del ferrocarril donde, acompañada por la madre y por el hermano mayor, tomó el tren para Lisboa.

Aquí quedó hospedada en el Orfanato de Nuestra Señora de los Milagros que ella bautizó con el nombre de *Casa de Nuestra Señora de Fátima*. La compañía de dos decenas de niñas, el cariño de la Directora, Madre María de la Purificación Godinho, a quién las huérfanas daban el nombre de Madrina, y, principalmente, la presencia de Jesús debajo del mismo techo, en la iglesia, hicieron que la inocente pastorcita no sintiese tan duramente el dolor de la separación. La madre quedó con ella una semana y le llevaba todos los días en cuello a la mesa de la comunión. En esos momentos, la buena de la señora Olimpia habrá pedido fervorosamente al Señor por la salud de la hijita y para que se evitase la operación, idea con la que no se conformaba de ninguna manera.

Durante el tiempo que pasó en el Orfanato, Jacinta aumentó su amor a Jesús Eucaristía. Siempre que se lo permitían, iba a una tribuna y ahí, sentada en una sillita, miraba fijamente al Sagrario hablando largamente con Jesús escondido. Cuando notaba que algunas personas ha-